

ROBERT A.

HEINLEIN

REVUELTA
EN EL 2100



No es esta una novela más de ciencia-ficción. Sus características la sitúan en un campo de reconstrucción histórica paradójicamente intemporal. Los personajes centrales sufren una sed de amor cuyo toque más impactante no es el abrazo febril sino la intriga, el riesgo y la muerte. John Lyle y Judith discurren por un palacio en el que la delación es aire que respiran, y la posibilidad de huir vibra en sus corazones y en su imaginación con tenacidad que no se aplaca. Hay extraños ritos de iniciación, contiendas que se ciernen como una tormenta infernal...

Y al fin, tras una lucha apocalíptica, ¿John Luyle encontrará el premio o el castigo? Tal vez Judith sea entonces para él tan sólo un amargo recuerdo, y le quede de consuelo el sangriento despojo de una victoria entre ruinas...

I

JUDITH

Hacía frío en la muralla. Me puse a dar palmadas con mis ateridas manos, pero en seguida me detuve por miedo a molestar al rector. Mi puesto, aquella noche, estaba en el exterior de sus apartamentos personales; un puesto que me había ganado por ser más pulcro y distinguido de lo corriente al montar la guardia, pero ahora no deseaba atraer la menor atención sobre mí.

Entonces yo era joven y no muy brillante, un recién enviado de West Point y miembro de la Guardia personal del Rector Encarnado, llamada los Custodios. A los dieciocho años de edad mi tío Absolom, un antiguo censor laico, consiguió un puesto para mí en la Academia Militar, influyendo en el Consejo de los Mayores.

West Point me había gustado. Cierto que me unía a las casi rituales lamentaciones de mis compañeros de clase, comunes a toda vida militar, pero de hecho disfrutaba con la monástica rutina de levantarse a las cinco, dos horas de ejercicio y meditación, luego las clases y lecturas sobre las materias de educación militar, estrategia y táctica y psicología de las masas y actos básicos. Por la tarde practicábamos con armas desintegradoras, nos adiestrábamos con los tanques y endurecíamos nuestros cuerpos con ejercicios.

Yo no alcancé una graduación muy elevada ni esperaba realmente que me destinaran a Los Custodios, aunque hice lo posible para ello. Pero siempre tuve las notas máximas

en aplicación y las suficientes en temas prácticos para que me eligieran. Esta elección casi me hizo pecar de orgullo. Era el más rígido regimiento de las huestes del Rector, en donde hasta los cabos eran oficiales comisionados y cuyo coronel en jefe era la Espada Triunfante del Rector, mariscal de todas las huestes. El día en que fui investido con el brillante escudo y lanza de Los Custodios, hice votos de estudiar para la jefatura tan pronto cómo la promoción para capitán me hiciera elegible.

Pero esta noche, meses después, aunque todavía brillaba mi escudo, había una mácula en mi corazón. En cierto modo, la vida en la Nuevo Mundo no era como yo me la había imaginado mientras estaba en West Point. El Palacio y el Ágora eran devorados por la intriga y la política. Los jefes y los subalternos, los ministros de Estado y los funcionarios de Palacio todos, parecían empeñados en una contienda por el poder y los favores que se centraban en la mano del Rector. Hasta los oficiales de mi propio cuerpo parecían corrompidos por ello. Nuestro orgulloso lema, «Non Sidi, Sed Lex», tenía ahora un pervertido sabor en mi boca.

No es que yo estuviera libre de pecado. Si bien no me había unido a la lucha en pos de las preferencias mundanas, llegué a hacer algo que en mi corazón sonaba peor: había mirado con deseos a una hembra comprometida.

Ruego que me comprendan mejor de lo que yo mismo me comprendía. Yo era un hombre adulto de cuerpo, y un niño, en el liceo antes de ingresar en West Point, casi me daba miedo de las chicas; mi interés estaba repartido entre mis lecciones, mi madre y nuestro ejército de Educandos de la Sociedad, en el que yo era un jefe de patrulla y un asiduo ganador de condecoraciones meritorias de toda clase, desde el arte de conocer los bosques hasta conocer la Cartilla de memoria. De haber existido una condecoración sobre el arte de conocer las chicas... pero, naturalmente, no la había.

En la Academia Militar no veía mujeres ni tenía mucho que confesar en cuanto a pensamientos malos. Mis apetencias carnales se encontraban todavía bastante aletargadas, y mis ocasionales sueños los consideraba como tentaciones enviadas por el Demonio. Pero la Nuevo Mundo no es West Point y a los Custodios no les estaba prohibido casarse ni a nosotros sostener una juiciosa relación con las mujeres. Cierto que a la mayoría de mis compañeros ni siquiera pedían permiso para contraer nupcias, puesto que ello podía significar su traslado a un regimiento regular, y muchos de ellos abrigaban ambiciones por la jefatura militar pero no les estaba prohibido.

Tampoco les estaba vedado casarse a las subalternas que tenían su casa en torno el Ágora y al Palacio. Pero la mayoría de ellas eran viejas y desaliñadas criaturas, que me recordasen a mis tías, y difícilmente inspiraban pensamientos románticos. Yo solía charlar con ellas ocasionalmente por los corredores, sin ver ningún daño en ello. Tampoco me sentía atraído de manera especial por ninguna de las subalternas más jóvenes, hasta que conocí a Judith.

Hacía algo más de un mes qué me había tocado montar guardia en este mismo lugar. Era la primera vez que estaba de guardia junto a los apartamentos del Rector y si bien me sentí nervioso al montar el primer puesto, ahora sólo estaba atendido a la posibilidad de que pasara el celador haciendo su ronda.

Aquella noche vi brillar brevemente una luz a lo largo del corredor interior, enfrente de mi puesto, y oí el ruido de gente que se movía. Miré a mi cronómetro de pulsera en efecto, serían las sirvientas que acudían con el Rector... No era asunto mío. Cada noche, a las diez en punto, era cambiada su guardia (su «guardia con cofia» como yo la llamaba), aunque nunca llegué a ver la ceremonia, ni me importó. Todo lo que realmente sabía yo acerca de ello era que las que acudían de servicio para pasar las siguientes veinticuatro horas se sorteaban el privilegio de la asistencia per-

sonal ante la venerada presencia del Rector Encarnado. Yo escuché brevemente y luego dejé de prestar atención. Tal vez un cuarto de hora más tarde, una sutil forma envuelta en una capita negra se resbalara cerca de mí en dirección al parapeto, para permanecer de pie sobre él contemplando las estrellas. Yo me apresté en seguida a apuntar con mi arma desintegradora y luego la retiré a su puesto, tímidamente, al ver que era una subalterna.

No había imaginado que aquella mujer era una subalterna novata, y me reproché el no haberseme ocurrido que podía tratarse de una primera subalterna. En el libro de mis órdenes no veía yo ninguna norma que les prohibiera salir al exterior, pero tampoco oí jamás que lo hiciese ninguna. No creo que ella me hubiera visto antes de que yo la hablara:

—La paz os acompañe, hermana.

Ella tuvo un sobresalto y ahogó un chillido, pero pronto recobró su dignidad y dijo:

—Que ella sea contigo, hermano menor.

Fue entonces cuando vi sobre su frente el Sello de Palacio, la marca de la familia personal del Rector.

—Perdón, hermana mayor. No había visto...

—No estoy enojada.

Parecióme que me invitaba a la conversación. Yo sabía que no era propio el que conversáramos en privado; su cuerpo mortal estaba dedicado al Rector, de la misma forma que su alma estaba dedicada al espíritu, pero yo era joven y solitario y ella joven y muy atractiva.

—¿Asistes esta noche al Eximio Varón, hermana mayor?

—No —respondió ella sacudiendo la cabeza—, no me ha cabido ese honor. El sorteo recayó sobre otras.

—Debe ser un grande y maravilloso privilegio servirle directamente.

—Sin duda alguna, pero yo no lo puedo decir por conocimiento propio. Todavía no me ha tocado en suerte —y

añadió impulsiva—: Ello me tiene algo nerviosa. Llevo aquí poco tiempo.

Aunque ella era de rango superior al mío, su despliegue de debilidad femenina me conmovió.

—Estoy seguro de que te comportarás cumplidamente.
—Gracias.

Continuamos charlando. Por lo visto, llevaba en la Nuevo Mundo todavía menos tiempo que yo. Se había criado en una granja de la parte alta del estado de Nueva York, y allí fue consagrada al Rector en la Academia de Albany. Yo, en cambio le dije que había nacido en el Medio Oeste, a menos de cincuenta millas del Pozo de la Verdad, donde había comenzado el primer Rector. Entonces le dije que me llamaba John Lyle, y ella me aclaró que la llamaban Judith.

Me había olvidado de las cargantes rondas que efectuaba el celador y estaba dispuesto a pasarme charlando toda la noche, cuando el cronómetro anunció el cuarto de hora.

—¡Oh, querido! —Exclamó Judith—. Ya debía de estar de vuelta en mi celda —y empezó a correr apresuradamente, pero se contuvo, añadiendo—: ¿No me delatarás... John Lyle?

—¿Yo? ¡Oh nunca!

El resto de la guardia me lo pasé pensando en ella. Cuando pasaba el celador haciendo su ronda yo era una sombra poco vigilante.

Aquella gran pequeñez podía abocarme hacia un desatino. Un sólo trago resultaba demasiado para un abstemio: no conseguía apartar de mi mente a Judith. Durante el mes que siguió, la vi media docena de veces... Una vez me crucé con ella en una escalera móvil. Ella bajaba y yo subía. Ni siquiera nos hablamos, pero sonrió al reconocermelo. Durante todos mis sueños de aquella noche estuve pensando sin cesar por la escalera móvil, pero nunca se me presentó la ocasión de hablar con ella. Los demás encuentros fueron igual de triviales. Otra vez oí su voz que me decía al oído: «Hola, John Lyle», y yo me volví para ver una figura encapu-

chada en el preciso instante de cruzarse conmigo al pasar una puerta. Otra vez la vi echando de comer a los cisnes en el estanque; yo no me atrevía a acercarme a ella, pero creo que me vio.

El Heraldo del Ágora publicaba una lista con los servicios míos y los de ella. Yo hacía una guardia por cada cinco; las sirvientas echaban a suerte una vez por semana. De manera que tuvo que transcurrir un mes para que nuestras guardias coincidieran. Al ver su nombre me propuse ganar el puesto de honor de la guardia aquella noche para ser destinado ante los propios apartamentos del Rector. Yo no tenía razones para pensar que Judith saliera a buscarme al parapeto, pero mi corazón me anunciaba que lo haría. Nunca en West Point me presenté tan pulcro y acicalado; hasta podría haber usado mi escudo como espejo para afeitarme.

Pero ya eran cerca de la diez y media y no se veía rastro de Judith, pese a que había sentido a las sirvientas concentrarse en el corredor al dar las diez. Todo lo que había conseguido con mis denodados esfuerzos era el pobre privilegio de permanecer de guardia en el puesto más frío de todo el Palacio.

Probablemente, pensé malhumorado, saliera a carantoñar con el centinela de turno, cada vez que se le presentara la ocasión. Recordé con amargura que todas las mujeres eran fuente de iniquidades y siempre lo habían sido desde la Caída del Hombre. ¿Quién era yo para suponer que me había elegido a mí como una amistad especial? Probablemente había considerado que la noche estaba demasiado fría para molestarse.

Escuché pasos y mi corazón saltó de júbilo. Pero se trataba del celador haciendo su ronda. Dispuse mi pistola y le eché el alto; su voz llegó hasta mí:

—Centinela, ¿cómo está la noche?

—Paz en la tierra —respondí mecánicamente, añadiendo—: Hace frío hermano mayor.

—El otoño flota en el aire —agregó—. Hace frío hasta en el Ágora.

Continuó su marcha, mientras que la pistola y las bombas paralizantes que pendían de su bandolera golpeaban la armadura al movimiento de sus pasos. Era un viejo agradable y calmoso que, por lo general, se detenía a pronunciar unas palabras amigables, pero esta noche estaba deseoso de volver al cálido cuerpo de guardia. Yo volví a mis agrios pensamientos.

—Buenas noches John Lyle.

Del sobresalto casi me salí de las botas. En medio de la oscuridad reinante dentro de la arcada, aparecía de pie Judith. Mientras se aproximaba hacia mí me arreglé para balbucir:

—Buenas noches, hermana Judith.

—Ssssh —me advirtió—. Alguien podría escucharnos. John... John Lyle; finalmente tenía que suceder. ¡El sorteo ha recaído en mí!

—¿Eh? —Dije torpemente—: Te felicito, hermana.

—Sí, si, gracias —repuso ella brevemente—, pero John... he robado unos instantes para charlar contigo. No puedo... Debo irme en el acto al guardarropa para recibir instrucciones. He de apresurarme.

—Harías bien en correr —convine con ella. Me sentí defraudado de que no pudiera quedarse, dichoso, por que no me hubiese olvidado—. Que Dios te acompañe.

—Pero quería decirte que he sido elegida —sus ojos brillaban pero sus siguientes palabras me sobresaltaron—. Estoy espantada John Lyle.

—¿Qué? ¿Espantada? —De repente me acordé de lo que yo había sentido y de cómo se me quebró la voz la primera vez que instruía a un pelotón—. No tengas miedo. Saldrás bien de la prueba.

—Así lo espero. Reza por mí, John —dijo, y se alejó, perdiéndose en la oscuridad del corredor.

Recé por ella y traté de imaginarme dónde estaba y qué estaría haciendo. Pero como yo sabía menos de lo que ocurre en el interior de las habitaciones privadas del Rector que una vaca sobre los tribunales marciales, pronto desistí de ello y pensé sólo en Judith. Una hora después aproximadamente, mi embeleso fue roto por un fuerte grito salido de Palacio, a lo que siguió una conmoción y pisadas que corrían. Me precipité al corredor interior y vi un grupo de mujeres congregadas en torno al vestíbulo de los apartamentos del Rector, Entre dos de ellas sacaron a alguien al portal; al llegar al corredor se detuvieron, depositando su carga sobre el pavimento.

—¿Qué ocurre? —pregunté, disponiendo mi arma.

—No es nada —dijo una mujer mayor, colocándose delante de mí—. Vuelva a su puesto oficial.

—He oído un grito.

—No es nada que os concierna. Una de las sirvientas se ha desmayado cuando el Eximio Varón requería sus servicios.

—¿Cuál de ellas fue?

—Sois un tanto preguntón, hermano —dijo ella encogiéndose de hombros—. La sirvienta Judith, si os importa.

—Voy en su ayuda —dije sin pararme a pensarlo siquiera, y me dirigía a hacerlo, pero ella me cerró el paso.

—¿Habéis perdido la razón? Sus compañeras la devolverán a su celda. ¿Desde cuándo los Custodios asisten a las sirvientas nerviosas?

Yo podía haberla apartado fácilmente con un solo dedo, pero ella estaba en lo cierto. Retrocedí y de mala gana me fui a ocupar mi puesto.

Durante los días que siguieron no pude apartar de mi pensamiento a Judith. En las horas libres de servicio merodeaba por todos los lugares de Palacio que me estaba permitido visitar, con la esperanza de encontrarme con ella. Podía estar enferma o también recluida en su celda por lo

que sin duda constituía un importante quebrantamiento de la disciplina. Lo cierto es que yo no la veía.

Mi compañero de habitación, Zebadiah Jones, se dio cuenta de mi melancolía y trataba de animarme. Zeb estaba tres clases por encima de mí y yo había sido uno de sus alumnos inferiores en West Point; ahora era mi amigo más íntimo y mi único confidente.

—Johnnie, hijo mío, pareces un muerto asistiendo a sus propios funerales. ¿Qué es lo que te corroe?

—¡Oh!, nada en absoluto. Tal vez una mala digestión.

—¿De verás? Ven, vamos a dar un paseo. El aire te sentará bien.

Le dejé que me guiara fuera. Sólo dijo banalidades hasta que nos encontramos en la amplia terraza que rodeaba a la torre sur, libres del peligro que implican los instrumentos visuales y auditivos. Cuando nos hallamos bien apartados de cualquier persona, dijo con amabilidad:

—Vamos desembúchalo.

—Zeb, son paparruchas con las que no he de molestar a nadie. —¿Por qué no? ¿Para qué vale un amigo?

—¡Oh!, te horrorizarías.

—Lo dudo. La última vez que me horroricé fue cuando descubrí a uno con cuatro ases falsos. Desde entonces he estado relativamente inmune. Vamos, aprovecha esta privilegiada ocasión de confiarte a mí, y olvídate de los consejos mayores y toda esa clase de tonterías.

Le dejé que me persuadiera. Para sorpresa mía, Zeb no quedó horrorizado al enterarse de que yo me dejaba llevar por el interés hacia una palaciega. En vista de ello le conté toda la historia, añadiendo mis dudas y pesares y los resentimientos y desconfianzas que habían ido cobrando fuerza en mí desde que entrara a prestar mis servicios en la Nuevo Mundo.

Él inclinó la cabeza sin darle importancia.

—Conociéndote, sé cómo te habrá afectado. Pero, escucha: ¿no habrás confesado nada de esto, verdad?

—No —admití, lleno de turbación.

—Entonces no lo hagas. Guárdate el secreto para ti. El mayor Bagby es un hombre comprensivo y no se horrorizaría de ello, pero puede que considerase necesario el comunicárselo a sus superiores. No te gustaría enfrentarte a la investigación, aunque fueras puro como el alabastro ¿verdad? En efecto, aunque seas inocente —como lo eres—, ya sabes que todo el mundo tiene a veces pensamientos impíos. Pero el investigador trata de encontrar la falta y, si no la encuentra, continúa hurgando.

Ante la sola idea de que me podían llevar delante de la investigación, el estómago me dio un vuelco. Hice lo posible por no aparentarlo y Zeb continuó, calmoso:

—Johnnie, amigo mío, admito tu inocencia, pero no la envidio. A veces, el exceso constituye un lastre. Te horrorizará el pensar que la política y los enredos forman parte de la dirección de un gran país. Pero escúchame bien; cuando yo entré aquí sentía las mismas cosas, mas no quedé horrorizado porque esperaba encontrarlas.

Cerré la boca. Sus observaciones me sonaban a herejía. Cambié de tema.

—Zeb, ¿qué supones pudo sucederle a Judith para que se desmayara la noche que le tocaba servir al Rector?

—¿Eh? ¿Cómo iba yo a saberlo?

Me echó una mirada y luego apartó la vista.

—Bueno, pensé que lo sabrías. Por lo general, tú estás enterado de todos los chismorreos de Palacio.

—¡Bah!... Olvídalo, hijo. Realmente carece de importancia.

—¿Entonces, lo sabes?

—Yo no dije que lo supiera. Puede que me resultara fácil hacer averiguaciones, pero de nada te servirían. Olvídalo.

Detuve mis pasos y me coloqué delante de él, mirándole a la cara.

—Zeb, quiero que me cuentes todo lo que sepas o puedas deducir de ello. Es importante para mí.

—Tranquilízate. Tenías miedo de horrorizarme; ¿a lo mejor el horrorizado eres tú?

—¿Qué quieres decir? Explícate.

—Dije que te tranquilizaras. Recuerda que estamos paseando, ajenos al mundo, para hablar de nuestras colecciones de mariposas y preguntarnos si volveremos a tener estofado en la cena de esta noche.

Sin perder mi enfado le dejé que me alejara paseando. Luego dijo con voz más parsimoniosa:

—John, tú no eres de esos que se enteran de las cosas pegando el oído al suelo. Tampoco has estudiado los Misterios Internos, ¿verdad?

—Ya sabes que no. El oficial de clasificación psicológica no me seleccionó para el curso. Y no sé por qué.

—Debí haberte dejado leer alguno de ellos cuando yo los empezaba a desentrañar. No, esto era antes de que tú te graduarás. Demasiado difíciles, porque explican las cosas con un lenguaje que uno no sabe cómo interpretar; y si te guías por la dialéctica de las teorías políticas justifican todas sus letras, John, ¿cuál es tu noción de los deberes de las sirvientas?

—Hombre, pues cuidar de él, cocinar sus alimentos, etcétera.

—Seguramente que hacen eso y mucho más, Esta Judith, según la forma en que la describes, es una campesina inocente y muy honrada ¿no crees?

Le respondí con cierta hosquedad, diciéndole que la honestidad de aquella muchacha era lo primero que me había atraído, y tal vez fuera cierto.

—Bueno, pudo ser que simplemente quedase conmovida al escuchar casualmente alguna discusión, un tanto mundana y cínica, entre el Eximio Varón y el Gran tesorero, sobre la mejor manera de hacer pagar a los campesinos los diezmos y primicias. Puede que fuera esto, aunque difícil-

mente haría de escriba en un caso tal una palaciega en su primer servicio.

—No te comprendo. ¿Qué quieres decir? —Sin duda debías figurar entre los Santos Inocentes —dijo Zeb exhalando un suspiro—. Hombre de Dios, yo no te creía tan obstinado ni tan incauto para reconocerlo. Hasta los Custodios se relacionan con las sirvientas cuando el Rector ha terminado con ellas. Y no digamos de los subalternos. Recuerdo una vez que... —Se detuvo en seco al ver la cara que yo ponía—. ¡Alegra esa cara! ¿Quieres que alguien se entere de lo que estamos hablando?

Traté de hacerlo, mientras que terribles pensamientos revoloteaban en el interior de mi cabeza. Zeb prosiguió tranquilamente:

—Si es que te importa saberlo, creo que tu amiga Judith continúa haciendo honor a su condición de «virgen», tanto en el sentido físico como en el intelectual. Puede que continúe siéndolo, si el Eximio Varón no se ha olvidado de su posible enojo. Probablemente ella es tan ingenua como tú y no consiguió entender la simbólica explicación que se le dio; pero al llegar a un punto en que no podía dejar de comprenderlo, quedó horrorizada y él la rechazó. ¿Está claro?

Me detuve otra vez, murmurando para mí expresiones cínicas que apenas sí conocía. Zeb se paró, también y empezó a mirarme con una sonrisa de cínica tolerancia.

—Zeb —dije, casi suplicándole—, estas cosas son terribles. ¡Terribles! ¿No me dirás que las apruebas?

—¿Aprubarlas? Hombre, todo esto es parte de un plan. Lamento que no te seleccionaran para el curso superior. Pero escucha; voy a darte una explicación a vista de pájaro. ¿Entendido?

—Sí, pero...

—No me interrumpas. El Rector al ser especialmente apto tiene que ser especialmente fecundo. Aquí está el quid de la cuestión; cuando lo estudies lo comprenderás.

Mientras tanto, si el Rector desciende hasta la misma carne para consumir su deber, ¿quién eres tú para escandalizarte? Responde.

Yo no pude responderle, naturalmente, y continuamos nuestro paseo en silencio. Tenía que admitir la lógica de cuanto me había dicho y las conclusiones que se derivan de las nociones. Lo malo es que yo quería expulsarlas, arrojarlas fuera, como si se tratase de algo venenoso ingerido por mí.

En seguida empecé a consolarme con la idea expresada por Zeb de que Judith no había sufrido ningún daño. Y pronto me sentí mejor, diciéndome a mí mismo que Zeb estaba en lo cierto al pensar que no era a mí a quien correspondía, en modo alguno, establecer juicios morales acerca del Eximio Rector Encarnado.

Mi mente comenzaba en aquel instante a sentir preocupaciones en torno a la idea de que mi alivio sobre Judith se basaba exclusivamente en el hecho de haberla mirado con ojos pecaminosos; en que no podía haber posiblemente en el hecho de haberla mirado con ojos pecaminosos una regla aplicable a una palaciega y otra para las demás, y nuevamente empezaba yo a sentirme desgraciado, cuando Zeb se paró de golpe y dijo:

—¿Qué es aquello?

Corrimos al parapeto de la terraza y empezamos a mirar desde la muralla. La muralla sur cae sobre la misma ciudad. Una multitud de unas cincuenta a sesenta personas acudía por la pendiente arriba que conduce a las murallas de Palacio. Corriendo delante, al tiempo que volvía la cabeza, iba un hombre vestido con una larga gabardina, el cual trataba de alcanzar la puerta del Alcázar. Zebadiah miró abajo y se respondió a sí mismo:

—He aquí la barahúnda: es el populacho apedreando a un paria. Probablemente se descuidó un poco para que lo pillaran fuera del barrio judío después de las cinco. —Miró